

# VIVENCIAS DE PAPAGÜELO

## **DEDICATORIA**

A la memoria de Mamagüela, excelsa e inigualable mujer, madre, esposa y maestra, que durante cuarenta y tres años acompañó mi vida y hubiera gozado leyendo éste libro.

Para mis nietas Tatiana y Catalina, quienes me impulsaron a escribir estos cuentos; para mis nietas Laura y Sofía, quienes se interesaron por ellos y me dieron el título del libro.

Para mis tres hijos: Carlos Arturo, Javier Alejandro y Leonardo por quienes valió la pena la estadía en este planeta.

## AGRADECIMIENTOS

Escribí este libro apelando a la memoria esquiva de mi infancia, al paisaje de mi tierra, a la casa y la imagen de mis mayores ya idos, a los recuerdos, algunas veces nebulosos, otros cristalinos y diáfanos, de los instantes que dejaron impronta en mis emociones y sentimientos de infancia y juventud. Los escribí como una deuda que tenía consigo mismo y por la necesidad de dejar como memoria, a mis probables lectores y a mis descendientes, el testimonio de un tiempo y un espacio irrepetible, que nos marcó, con una huella indeleble, para ser lo que soy y somos como pueblo y sociedad. Mis relatos no son productos de mi invención, están recreados, mas no fabulados. En ellos rehago la realidad que viví de niño y en mi primera juventud, y que permanecía en mi recuerdo como vivencias gratas y a veces no tanto, que el correr del tiempo, ese inexorable verdugo que todo lo sepulta con el viento del olvido y la distancia, me estaba forzando para que olvidara, y gracias al estímulo amoroso de mis nietas, he podido recapitular.

Doy testimonio público de agradecimientos a Octaviano Varela Rojas, por ayudarme a recordar muchos de los pasajes vividos en el campo y escribir el prólogo, a Andrés Quintana, artista pintor, que acompañado de Lilia Varela, su esposa, le ayudó a recrear con su memoria, para hacer la portada y las ilustraciones del libro. A todas las personas, que de una u otra manera me impulsaron a escribir mis recuerdos.

## ÍNDICE

Prólogo.....5

### **LA CASA**

Babas para no caminar dormido..... 9  
El fantasma del cafetal.....13  
El pisco y el amasijo..... 16  
El ojo de la abuelita..... 19  
Se ayuda a conseguir esposa..... 22  
Relaciones filiales..... 26

### **LA FINCA**

La finca de mis papas.....32  
La becerriada..... 36  
La miel y las matemáticas..... 39  
La tierra de los micos..... 44  
Moliendo caña.....47  
El toro y Chocolate..... 51  
Los trapiches para moler caña..... 54  
Navidad con las yucas y las criollas... 58

### **LA ESCUELA**

Estudiando a media luz..... 63  
El camino a la escuela..... 67  
Los cuadernos y la pizarra..... 70  
Novias mentales y juegos..... 73  
Un día en la escuela..... 77

Mi primera comunión.....	82
Mis primeras cotizas y zapatos.....	87
Currículo y extra currículo.....	90
Los exámenes finales.....	93
Toreado en más de setenta plazas.....	97
Arturo y sus estudios.....	101
<b>POR LOS CAMINOS</b>	
Como perder el cielo por una mazamorra	108
En tarabita y perdido.....	113
La Batatalera.....	117
Un viaje a lo desconocido.....	121
Los espantos.....	127
<b>EL PUEBLO</b>	
La fiesta de San Isidro Labrador.....	132
Mi pueblo de fiestas.....	135
El obispo y el guando.....	139
Glosario.....	142

## PRÓLOGO

Nacer y vivir en la mejor casa de adobe y teja de barro de la vereda de Cardozo en San Eduardo, una región empotrada en la Cordillera Oriental Colombiana, entre los límites de Boyacá y Casanare, donde los ríos, quebradas y montañas forman un paisaje embrujado, llenos de amaneceres y atardeceres inolvidables, donde los colores de la luz del sol se incrustan en la cordillera escarpada, dejaron en todos nosotros un recuerdo imborrable de belleza, inspiración y paz.

En este paisaje se vivió la infancia y adolescencia, marcada por las costumbres y hábitos de nuestros padres, hermanos, familiares, maestros, padrinos y compañeros de escuela. Con la pata al suelo, la camisa y pantalón remendado, la chigua para cargar libros o como joto en el caballo, sintiendo a cada paso la naturaleza que nos cobijaba. De la hamaca al patio de la casa, de la casa a los potreros, a los cañadulzales,

a los guayomes, a los corrales de terneros, a la enramada, al caney, a los cultivos. Conviviendo con los animales domésticos y realizando los mandados propios de la edad, se pasaron los primeros años, antes de ir a la escuela en busca de aprender a leer y escribir, como fundamento de progreso y vida mejor, según los pensamientos de nuestra amada madre, cuya visión siempre admiramos.

El quehacer cotidiano, como Carlos Arturo narra en sus relatos, es una realidad de costumbres, experiencias y valores, que hoy posiblemente, en esa región, ya no se presentan en las mismas condiciones. El avance en vías, transporte, electrificación, medios de comunicación y métodos de enseñanza, cambiaron para siempre los ríos y quebradas, las montañas y toda la naturaleza de nuestra niñez. Sin embargo, hoy esa naturaleza disminuida, sigue haciendo del suelo donde nacimos un lugar de ensueño y ternura. Por eso pienso que Carlos Arturo, vibró emocionado cuando escribía estas historias, porque constituyó para él, como lo será para sus lectores, un ejercicio de reconstrucción de memoria y recuerdos de afectos, de costumbres, de maneras de ser, sentir, aprender y vivir. Ese ejercicio de memoria, se plasmó en treinta y tres extraordinarios cuentos, que yo diría son experiencias de vida plena, condimentadas de franqueza, de sencillez y amor por su familia, la naturaleza y la vida.

Cada uno de los relatos proporciona al lector una buena dosis de sencillez y creencias. Las historias de Carlos Arturo, son una evocación de la manera de realizar los trabajos del campo; de las relaciones con sus hermanos y hermanas; de las dificultades para ir a estudiar, los medios y las carencias para hacerlo; de la sabiduría de la maestra y los métodos de aprendizaje de una escuela superada por el olvido; de las traspasadas para ayudar en las labores de la molienda: arriando los bueyes, metiendo caña al trapiche o sacando bagazo; de la convivencia con los caballos, las vacas de ordeño, los terneros, los piscos, gallinetas, gallinas, y los

marranos; de su amor por la naturaleza, de su tenacidad y perseverancia. Todo ello en un escenario de paisaje a veces agreste, a veces bucólico, en un concierto de convivencia, sabores y olores, que estructuraron una manera de ser y un buscar continuo de nuevas experiencias y conocimientos. Escalando posiciones desde la niñez hasta hoy, como se escalaban las montañas detrás de un ternero cual cabra montés, o simplemente para vislumbrar lo que había detrás de la montaña, con un soñar sin límites, es parte de la narrativa.

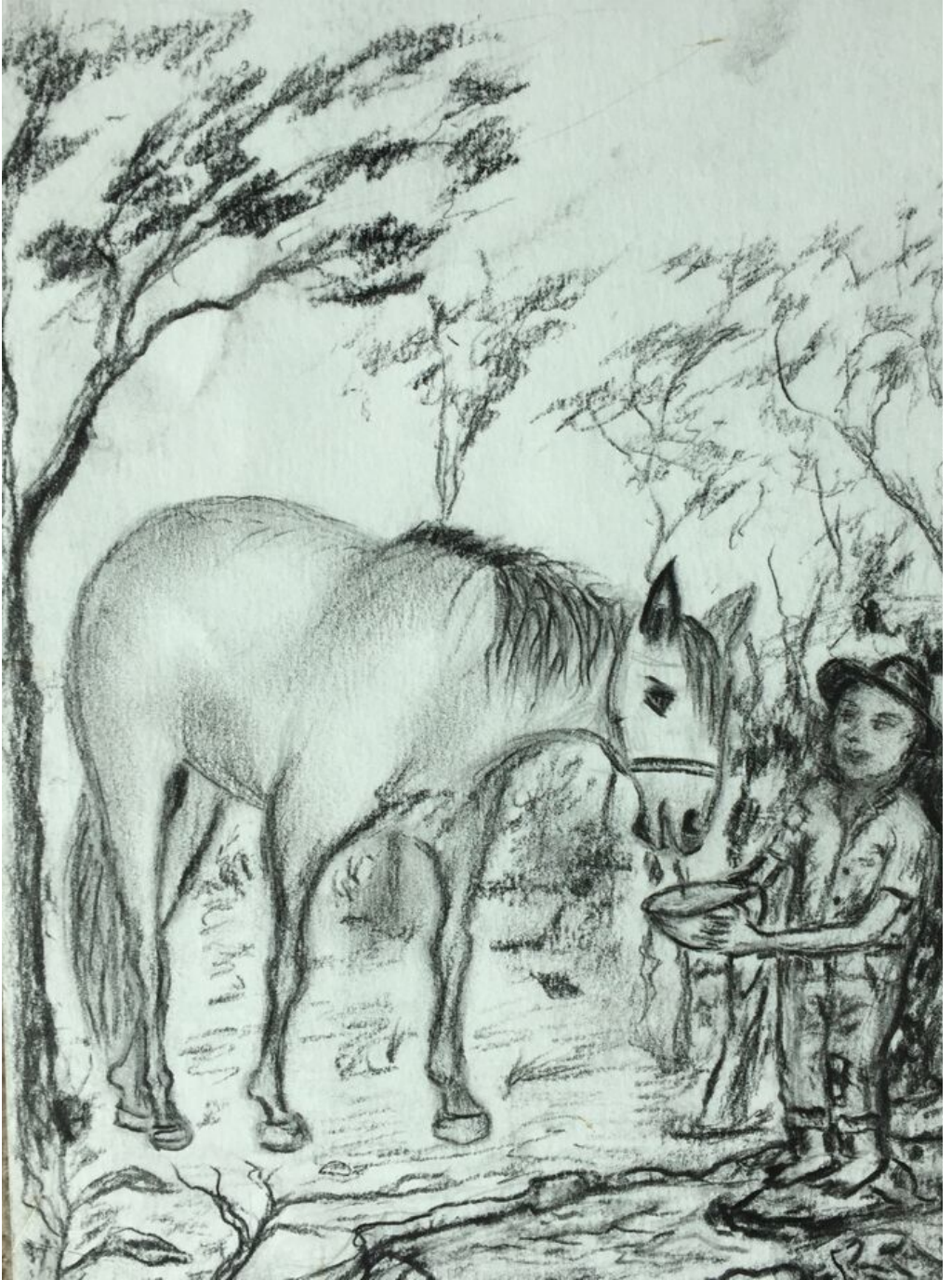
Seguramente, al leer los cuentos, se toparán con una serie de términos y creencias que forman parte de la identidad de lo vivido. Las ilustraciones de cada relato, constituyen un esfuerzo creativo del artista pintor Andrés Quintana por patentizar, en trazos de acuarela y lápiz, el universo narrativo que nos regala Carlos Arturo con sus relatos, por eso los invito a observar las ilustraciones, que son parte de cada cuento y un homenaje a los paisajes, tradiciones y costumbres boyacenses

Octaviano Varela Rojas

**LA CASA**



**BABAS PARA NO CAMINAR DORMIDO**



Cuando era muy pequeño, allá en el campo, nos acostamos muy temprano, un poquito después que las gallinas. El sueño se apoderaba de mí en un instante. Cuando mi cuerpo se hallaba en la etapa del sueño más profundo, comenzaba a despertar mi conciencia. Y como si hubiese amanecido, me levantaba de mi cama como si ya fuera hora para empezar un nuevo día, y sin abrir los ojos caminaba por todos los sitios de la casa rural. La noche invadía la casa y todo el entorno como un manto pesado y negro. Eso debía ser así porque en la casa de mis padres no existía, para entonces, luz eléctrica.

Cuando llegaba al patio repetía mis rutinas infantiles de juego. Los animales domésticos, que ya dormían, debían sorprenderse mucho, pero terminaron acostumbrándose a fuerza de verme haciendo cosas, que de seguro solía hacer de día. A veces me sentaba en una vieja banca de madera a contemplar la luna como si fuera el sol y las nubes negruzcas que le rodeaban. Siempre repetía las tareas escolares, que ya había realizado, que mi maestra todos los días nos imponía como una orden militar. Otras veces, casi siempre, entraba al cuarto de mis hermanas para invitarlas a bailar o a jugar. Hacía otras muchas cosas que mi memoria infantil borraba de un plumazo al día siguiente. Después volvía a la cama y dormía otra vez profundamente hasta que los gallos anunciaban, con su estridente quiquiriquí, la hora de levantarse para ir de nuevo a la escuela.

Mis padres, al enterarse de mis noctámbulas pilatunas, empezaron a preocuparse. Pero esto no evitaba que hicieran bromas con lo que pasaba y que mis hermanas gozaran con sus burlas y chistes. Pero en medio de las chanzas, chistes y bufonadas, mis padres tomaron muy en serio mis incursiones nocturnas. Temían que sufriera un grave accidente. Podría, al caminar dormido, tropezar con algo que me hiriera o hiciese daño, o ser agredido por algún animal nocturno, o quien sabe qué. Mis padres comenzaron a